

harian sino embarazar y desfigurar la obra. Así, el historiador debe examinar con todo el cuidado posible los hechos que merezcan entrar en su historia, no quitar ni poner en ella nada sino por buenas razones; pero no debe dar cuenta de ellas al público con digresiones frecuentes é incómodas al lector, que no busca sino hechos. Sobre todo, cuando por el exámen se halla que los hechos son falsos, ó inútiles, juzgo que la crítica mejor es dejarlos en silencio, pues nada me parece mas enfadoso en una historia que una larga disertacion que de nada sirve para la instruccion. Porque aunque sea verdad que los ótros se han engañado, yo no cuento por cosa útil respecto á la historia este conocimiento de sus errores; me aplico al fondo y á los hechos que es preciso creer ó despreciar. El autor, pues, debe tomar sobre sí toda la pena, para preparar al lector el placer de aprender fácilmente hechos útiles. Es verdad que, siguiendo este método, la mayor parte del trabajo del autor queda oculta; pero esto le importa poco si es hombre de razon, y menos aún si es cristiano, y si no espera su

recompensa de aquel que conoce lo que hay mas escondido en nuestros corazones.

En el exámen de los hechos hay dos excesos que evitar, el uno de credulidad, y el otro de critica; pues no solo la sencillez hace demasiado crédulos sino que hay gentes que lo son por política, ó por demasiada delicadeza. Creen que el pueblo es incapaz ó indigno de conocer la verdad; y consideran como necesario conservarle en todas las opiniones que ha recibido debajo del nombre de religion, temiendo desplomar lo sólido, impugnando lo frívolo. En el fondo estos políticos soberbios son muy ignorantes, pues no conocen la Religion, no la estiman seriamente ni la siguen sino por las preocupaciones de la infancia, é intereses temporales. Jamas han examinado las pruebas sólidas del evangélio, ni les ha gustado la excelencia de su moral ni la esperanza de los bienes eternos, y por esta razon no quieren aplicarse á estudiarla con reflexion y atencion: temen conocer la antigüedad, porque saben que no les es favorable: se lisonjean que siempre se ha vivido como hoy, porque no

V.
Reglas
de critica.

quieren mudar de costumbres. Como si pudiese jamas ser útil engañarse, ó la verdad pudiese llegar á ser falsa, á fuerza de exâminarla. Gracias á Dios la Religion cristiana ha sido puesta á toda prueba, y no teme ser conocida.

Otra especie de gentes demasiado crédulas son unos cristianos sinceros, pero débiles y escrupulosos, que respetan hasta la sombra de la Religion, y temen siempre no creer bastante. Algunos carecen de luz, ótros cierran los ojos, y no se atreven servirse de su entendimiento: ponen una parte de la piedad en creer todo lo que han escrito autores católicos, y todo lo que cree el vulgo mas ignorante. La verdadera piedad consiste en amar la verdad y pureza de la Religion, y observar ante todas cosas los preceptos que se hallan expresamente en la Escritura; pues yo veo que san Pablo recomienda muchas veces á Tito y Timoteo que eviten las fábulas, y que entre los desórdenes de los últimos tiempos predice que se apartarán de la verdad por aplicarse á las fábulas. Veo tambien que las doctas fábulas no son menos despreciadas por san Pedro, que los cuentos de viejas por san

Pablo; (a) y como condenâ las fábulas judáicas, creo que hubiera condenado las fábulas cristianas, si las hubiera habido desde entonces. ¿Qué dirán á esto aquellos á quienes la timidez hace tan crédulos? ¿No tendrán escrúpulo de menospreciar tamaña autoridad? ¿Dirán que nunca ha habido fábulas entre los cristianos? Será necesario desmentir toda la antigüedad; y cuando nouviésemos sino la leyenda dorada de Jacobo de Boragine, era bastante para convencernos. La donacion de Constantino no es creida ni aun en Roma: la Papisa Juana creida en otros tiempos por los católicos, es abandonada, y refutada por los protestantes: Barónio, sin duda buen católico, ha desechado muchos escritos apócrifos y fábulas adoptadas por Metafraste, y otros muchos.

La critica es, pues, necesaria: sin perder el respeto á las tradiciones, se puede exâminar las que son dignas de creerse. No solo se puede, sino que se debe, sopena de perder el respeto á las verdaderas, mezclando con

(a) 1. Tim. 4. 7. 2. Tim. 4. 4. Tim. 1. 16. 2. Pet. 1. 16.

éllas las falsas. Sin dudar de la omnipotencia de Dios, se puede y debe examinar si los milagros están bien probados, por no levantarle un falso testimonio atribuyéndole lo que no ha hecho. Todos estos hechos particulares son nada para la Religión. Que Santiago jamas haya venido á España, ni santa Magdalena á Provenza: que ignoremos la historia de san Gregorio y santa Margarita, ¿será por eso el evangelio menos verdadero? ¿Estarémos menos obligados á creer la Trinidad y Encarnacion: á llevar nuestra cruz, á renunciar á nosotros mismos, y á poner toda nuestra esperanza en el cielo? Las tradiciones universalmente recibidas tocante á los dogmas de la fe, administracion de los sacramentos y prácticas de piedad, son acreedoras á toda nuestra deferencia; pues la mayor parte se hallan expresamente en los escritos de los primeros siglos. Pero este respeto no debe extenderse á todos los hechos que la ignorancia ó la malicia, abusando de la credulidad de los pueblos, han introducido de setecientos ú ochocientos años á esta parte, pues las fábulas se descubren tarde ó temprano,

y entonces dan ocasion á desconfiar de todo, y combatir las verdades mas bien establecidas. Este es uno de los pretextos mas especiosos de los protestantes para calumniar la Iglesia católica. Han persuadido á los pueblos que nosotros hemos olvidado á Jesucristo por no adorar sino á los santos: que nuestra Religión estaba reducida á ceremonias exteriores, al culto de las imágenes, las peregrinaciones, y cofradías: y que hemos suprimido la escritura para substituir en su lugar lecturas fabulosas.

Sobre este fundamento han dado en el extremo opuesto, abusando de la crítica hasta no dejar nada de cierto; y la vanidad de parecer sábios ha precipitado algunos católicos á este exceso. Algunos hay que no osan creer ni milagros, ni visiones, de miedo de parecer nimiamente simples; y si yo hubiera seguido los consejos que me han dado, habria suprimido muchos. Pero he hallado espíritus mas elevados y fuertes, que me han asegurado, representándome que no hay Religión sino la damos por fundamento la creencia de los hechos sobrenaturales; y que estas pruebas sensibles del poder Divi-

no han convertido el mundo idólatra, mucho mas que los discursos y disputas. Un verdadero cristiano no debe, pues, tener dificultad en general en creer milagros: la cuestion debe ser en orden a la prueba del hecho particular. Los que la Escritura refiere tienen la misma autoridad que élla; pero los que son referidos por autores graves tienen tambien la suya á proporcion. San Ireneo debe ser creído cuando testimonia que en su tiempo las curaciones, el don de profecía y otros milagros, eran comunes en la Iglesia católica. San Cipriano debe ser creído cuando refiere las revelaciones que él u otras personas de su tiempo habian tenido. Yo no pongo dificultad en las que Hermas refiere en su libro del Pastor, y las creo al pie de la letra. Tambien creo las de santa Perpétua, cuyas actas cita Tertuliano y san Agustin, y las demas á proporcion de la autoridad de los que las han escrito. Y no concederé jamas á los protestantes, que la piedad de los autores, ni la profesion monástica disminuya su autoridad: al contrario, la verdadera piedad aparta la vanidad y demas pasiones,

que son las fuentes de la mentira. Otro esceso de crítica es el darse mucho á las conjeturas. Erasmo, por ejemplo, ha despreciado temerariamente algunos escritos de san Agustin, porque el estilo le ha parecido diferente. Otros han corregido palabras que no entendian, ó negado hechos escritos en un autor, porque no podian concordarlos con otros de igual ó menor autoridad: ó porque no podian conciliarlos con el sistema de cronología que habian adoptado. Todo se ha pretendido saber y adivinar, y la crítica se ha llevado hasta el exceso, haciendo vanidad de serlo mas que los otros, quitando algun hecho á las historias recibidas, y algunas obras á los autores conocidos. Yo he despreciado esta crítica desdeñosa, y he seguido lo que he hallado mas universalmente aprobado por los sábios, sin hacer mucho aprecio de las conjeturas nuevas y singulares. Una vez determinado á un partido, he dado por verdad lo que me ha parecido bien probado, refiriéndolo sencillamente; y he puesto *se dice* á lo que me ha parecido dudoso, cuando he creído deberlo referir, pero ordi-

nariamente lo he pasado en silencio. El mejor medio de impugnar los errores inocentes me ha parecido que era no hacer mencion de ellos. No quisiera jamas proponer predicando ú escribiendo hechos que no crea verdaderos, aunque pasen por tales en el pueblo; pero no quisiera tampoco combatirlos públicamente sin necesidad. Aunque se crea que Santiago ha predicado en España, ó que san Marcial ha sido uno de los setenta y dos discípulos, no se pondrá su salud en peligro; pero combatir directamente estas creencias en ciertos lugares y ante ciertas personas, sería escandalizarlas, agriarlas y alterar notablemente la caridad. Es mejor, pues, tolerar estas opiniones, pasándolas en silencio en los escritos y discursos públicos; y contentarnos con impugnarlas en particular cuando hallemos personas capaces de comprender nuestras razones. Apliquémonos á edificar antes que á destruir: recojamos con cuidado todas las verdades importantes, establezcámoslas sólidamente y publiquémoslas: y de este modo verémos que insensiblemente caen los errores, que una contradiccion muy

acalorada no haria sino fortificar. No se me pregunte, pues, por que en el primer siglo he dicho tan pocas cosas de la Virgen y de los Apóstoles: he dicho todo lo que he hallado de cierto, y he recogido hasta las menores partículas de las tradiciones referidas por san Clemente Alexandrino, y por los otros autores mas cercanos. Lo demas escrito por Metafraste, Nicéforo, y otros modernos, el que se contente con su autoridad, lo puede creer; mas yo no he creído que era digno de contarse con lo que he tomado de los hechos y epístolas de los Apóstoles. Un hecho no es, ni mas cierto, ni aun mas verosímil, por hallarse en un gran número de autores nuevos, que se han copiado los unos á los otros. Cuando todos los doctores que viven hoy conviniesen en decir que la Virgen vivió setenta y cinco años, esta opinion no sería ni mas verdadera, ni mas probable: pues no tiene fundamento alguno en la antigüedad, y los hechos no se adivinan á fuerza de discurrir. Sin embargo, como los hombres gustan determinarse, lo que el primero ha propuesto, adivinando y diciendo: *puede ser: es mas piadoso cre-*

erlo así: otro dice: *que es verosmil*: el tercero lo refiere como cierto citando á los dos primeros: la multitud se deja arrastrar; y el que quiere despues exâminar á fondo la cosa y remontar á la fuente, es un novador y un curioso temerario. Por la misma razon he dicho tan pocas cosas de los primeros papas, ni he referido las actas de tantos mártires famosos que se hallan en muchos escritores. La verdadera piedad nos hace amar la verdad, y contentarnos con lo que Dios quiere que sepamos. Temo al contrario, que muchos han de hallar aquí demasiado número de actas de mártires, y referidas muy á lo largo, sin embargo de no haber puesto todas las que el R. P. Juan Tierri Ruinat, benedictino, nos ha dado con el nombre de actas sinceras y selectas, de las cuales he dejado algunas, donde no he visto nada de singular. Estas son las reglas que he seguido en la eleccion de materiales para esta Historia.

VI.
Método
de escribir
la Historia

En quanto á la forma de escribir, veo dos métodos practicados por los autores: el uno referir á lo largo los pasages de los originales, de suerte

que el autor no habla sino para tejer la narracion: el otro tomar de éllos la sustancia, y componer la historia con un estilo igual y continuo. El primer método es el de los Centuriadores, y de Baronio, y se puede decir tambien que M. Hermant en sus vidas le ha seguido mas que el otro, y parece el mas seguro y sólido. Porque es como producir las piezas en un proceso, para que el lector juzgue por sí mismo. Pero este método obliga á una grande prolijidad y frecuentes repeticiones, porque como el mismo hecho es por lo comun referido por diferentes autores con alguna diversidad de circunstancias, es menester trasladarlos todos: de otra forma no quedará el lector plenamente informado. Fuera de que transcribiendo los pasages enteros, se carga de todos los defectos del estilo de los originales, de su obscuridad, pesadez, frases y palabras supérfluas: lo que no sirve sino de fatigar al lector, quando no fuese por otro motivo que el de la variedad del estilo. Las obras que estan mas bien escritas suelen ser desagradables, quando no se ve de éllas sino piezas fuera de su lugar:

pues todo lo que sirve de prueba á la historia, no es historia: sácase ésta de toda especie de escritos, de cartas, sermones y panegíricos. Lo que san Gregorio Nacianceno ha dicho muy elocuentemente en la oracion funebre de san Basilio, sería muy frio y enfadoso en medio de una historia donde no se busca sino el simple hecho, en lugar de que en los discursos figurados, los hechos no son por lo comun sino tocados, y siempre envueltos y adornados, y sin mucha aplicacion no se pueden desenvolver. Así, el lector de Baronio se ve reducido á hacer un estudio trabajoso en lugar de la instruccion fácil que busca: halla la materia de la historia preparada, pero no la misma historia. Por otra parte es un engaño decir que este método deja al lector la libertad entera de juzgar: la eleccion de los hechos y pasages depende siempre del autor, quien ordinariamente suprime lo que es contrario á sus opiniones, y en cuanto á los pasages que transcribe, los elude, ó enerva con las reflexiones, ó disertaciones que este método ocasiona necesariamente: pues refiriendo los pasages, es menester expli-

car los términos oscuros, quitar las contradicciones, y conciliar las diversidades. De todo esto junto, resulta una prodigiosa multitud de libros, que es mayor mal de lo que se cree, pues es una de las causas de la ignorancia: porque ¿quién tiene lugar y ánimo para leer tantos gruesos volúmenes?

El otro método es el escribir con un estilo uniforme, tomando solamente la sustancia de los originales, sin sujetarse á sus palabras. Este es el de M. Godeau, M. Maimbourg, y de la mayor parte de los historiadores antiguos y modernos, y es sin duda el mas agradable para los lectores; pero no el mas seguro. Cuando el autor es de espíritu brillante, y imaginacion fértil, con dificultad se contiene en los estrechos límites de la verdad, y desea añadir algunas reflexiones, que le parecen juiciosas, algunas sentencias, algunas descripciones, ó á lo menos algunos epítetos. Yo he creído tomar un medio entre estos dos métodos, escribiendo con un estilo seguido, y que no es sino una narracion continua; pero empleando en lo posible las palabras de

los originales traducidas fielmente á nuestra lengua del griego y latin. Creo sin embargo no haber perjudicado á la verdad, cercenando las palabras inútiles, y añadiendo las que me han parecido necesarias para ilustrar los pasages oscuros. He puesto al margen las citas, á fin de que los sábios puedan juzgar si mi Historia es fiel; y exhorto á todos los que sean capaces que las verifiquen leyendo los originales. Las propias palabras de los autores hacen diferente impresion á cada uno, y puedo haberme engañado alguna vez en la eleccion ó traduccion. Pero escribo principalmente, como he dicho, para los que no pueden leer los originales, por no tener los libros á la mano, ó no entender bien el griego y el latin, ó no tener lugar para leer las traducciones francesas que se han hecho, ni para comparar y conciliar los autores.

VII.
Extractos
de doctrina.

Para instruccion de estos lectores he interrumpido la narracion con algunos extractos de doctrina, dándoles en un solo libro lo que no leerian jamas de otra forma, ó que no debe serles indiferente, si tienen amor á la Religión. Verán en estos extractos mu-

chos hechos generales de costumbres, ceremonias y tradiciones antiguas, que sería difícil referir de otro modo, y que no deben ser omitidos, como lo que he tomado de las apologías de san Justino y Tertuliano, y otras obras de este último. Verán en estos extractos los pasages mas formales para probar las verdades católicas contra los hereges de los últimos siglos. En fin, verán por ellos cuán grandes eran estos hombres que han establecido y sostenido la Religión, pues fuera de sus acciones nada les da á conocer tanto como sus palabras. Estos extractos son mas frecuentes y largos en los primeros siglos, cuya autoridad es mas grande, y que sirven de fundamento á todo lo que se sigue. Es difícil cuando se quiere ser cristiano el resistir á la tradicion constante de los discípulos de los apóstoles. Por otra parte los autores mas antiguos son en pequeño numero y la mayor parte tan poco conocidos, que sus obras parecen á muchos curiosidades: porque ¿quién conoce la carta de san Clemente papa, y el libro del Pastor fuera de los sábios de profesion? Lo que he deducido de ellos, y de san Clemente Ale-

xandrino puede dar idea de la verdadera piedad, y mostrar que ésta no es una invencion de monges, ni una supersticion de los últimos tiempos. El único inconveniente que hallo en los extractos en general, es el que dilatan mi obra, que deseo en extremo abreviar, para hacerla útil.

No pongo en el número de estos extractos las fórmulas de fe, y cánones conciliares: éstas me parecen partes necesarias de la historia para hacer entender el dogma y la disciplina. Son como en una historia profana los tratados de paz y alianza, las leyes y reglamentos de policía, de los cuales es necesario á lo menos poner la sustancia. Estas piezas no son agradables, es verdad; pero no escribo un poema, ni un romance, y pido lectores sérios y atentos. Las actas de los mártires me han parecido necesarias, á fin de que un objeto tan grande hiciese sobre los ánimos tan fuerte impresion como merece; y he creído deberlos referir en su sencillez original, porque estas son piezas auténticas, por la mayor parte interrogatorios en toda forma, y procesos verbales, que harian prueba en justicia. Por el pla-

cer que me han dado juzgo se lo darán á cualquiera que ame lo verdadero y natural; y no veo lectura mas propia para sostener la piedad. Estas ventajas me han parecido preferibles á la uniformidad y elegancia del estilo. Despues de los mártires, los mas grandes espectáculos son los monges: por cuyo motivo he puesto largamente la vida de los primeros y mas ilustres, insistiendo mas en las virtudes que en los milagros. Aunque estas vidas sean harto conocidas, y anden entre las manos de todo el mundo, creeria, si las omitiese, haber omitido una parte considerable de mi asunto, que no comprehende menos las costumbres, que la disciplina y doctrina; pues las costumbres se aprenden mucho mejor por los ejemplos singulares, que por observaciones generales: nada hace conocer tanto á los hombres como las particularidades de sus discursos y acciones. Fuera de que no me propongo decir cosas nuevas.

No he creído deber remontar hasta el nacimiento de Jesucristo, pues su historia es bien conocida de los cristianos, y no se puede aprender mejor

que por la lectura continúa de los evangelios. Cualquiera que se imagine poder escribirla mejor, no lo entiende; y nosotros no sabemos de ella casi nada mas que lo que está en el texto de la Escritura. No así de la historia de los apóstoles; pues ademas del libro de los Hechos hay otras cosas considerables en las epístolas de san Pablo, y en los autores profanos del mismo tiempo, como en Josefo y Philon. Aquel especialmente es precioso, por el cuidado que puso en describir la ruina de Jerusalem, y verificar así, sin pensar en éllo, las profecías de Jesucristo.

VIII.
Reglas
de
Cronología

En cuanto al orden de los tiempos, no he creído deberme sujetar á él muy escrupulosamente. No conviene sino á un historiador contemporáneo como Tácito escribir anales, refiriendo hechos de que tenia noticia con la última individualidad, y cuya proximidad hacia las datas ciertas. Así, el que se propusiese escribir la historia Eclesiástica desde el concilio de Trento ó aun desde el de Constanza, tendria razon en ordenarla por anales. Pero querer reducir á ellos hechos muy antiguos, de los cuales frecuentemente no se sabe el tiempo sino por conjeturas, y por lo

común se ignora absolutamente, es cargarse de un gran trabajo con peligro de engañarse, y hacer caer en el error á los otros. Así, á pesar del inmenso trabajo y profunda erudicion de Baronio, se han hallado grandes anacronismos en su cronología, y el R. P. Pagi entre otros acaba de darnos un grueso volumen para corregir los de los cuatro primeros siglos. Con todo, aun el mismo Baronio no ha podido fixar todos los hechos, de los cuales hay un gran número que no ha colocado bajo de ciertos años sino por ocasion, sin darles data cierta, porque en efecto es imposible saberla, como cuando coloca la retirada de san Basilio y san Gregorio Nacienceno en el año trescientos sesenta y tres cerca de la muerte de Juliano el apóstata, la cual pudiera haber puesto del mismo modo cinco, ó seis años antes. Sin embargo, el lector que quiere determinarse se atiene á esta autoridad, y cree sin examinarlo que cada hecho ha sucedido en el año que ve á la cabeza de la página. Aun en los hechos mas ciertos no es siempre á propósito seguir exáctamente el orden de los años: de otro modo la historia caerá